

Voto del Rvmo. P. Wlodimiro Ledóchowski, Prepósito General de la Compañía de Jesús sobre el uso del latín

Eminencia Reverendísima:

Después de haber orado mucho y encomendado el asunto al Señor, me permito responder a la respetable carta de Vuestra Eminencia Rvma. del 20 de agosto (N. 2018/40), con la que Vuestra Emcia Rvdma. se digna pedirme alguna norma práctica acerca del uso del latín, o si conviene conceder alguna mitigación, teniendo en cuenta las prescripciones de la Santa Sede y el uso introducido.

¹ El Rvmo. P. Ledóchowski es una de las figuras señeras de la ínclita Compañía de Jesús. Nace en Polonia en 1866. Estudia en Viena las Humanidades y allí ingresa como paje en la Corte Imperial. Empezada la carrera de derecho civil, después de varias comisiones diplomáticas en nombre de su padre, se siente llamado al sacerdocio y en 1885 entra en el Seminario Tarnoviense, donde comienza la Teología. Luego es enviado al Colegio Germánico de Roma, donde interrumpe la Teología para estudiar un bienio de Filosofía Escolástica, en la Universidad Gregoriana. Con el doctorado en filosofía ingresa en el noviciado de la Compañía, en septiembre de 1889. Terminado el noviciado, repasa por un año la Retórica y las Humanidades. Luego continúa la Teología hasta llegar a sacerdote en junio de 1894. Terminada la tercera probación en 1896, es destinado a la casa de escritores de Cracovia, que rige como Superior de 1898 a 1900. En 1901, siendo rector del Colegio Máximo de Cracovia, hace la profesión solemne antes del tiempo acostumbrado y se hace cargo del gobierno de toda la Provincia, primero como Viceprovincial y luego como Provincial. En la Congregación General XXV fue elegido Asistente de Alemania con el nuevo General P. Wernz en septiembre de 1906. Muerto el P. Wernz es

Confío que Vuestra Emcia. Rvdma. no tomará a mal que, al manifestarle mi humilde parecer, hable con franqueza, con la íntima convicción de que se trata de un asunto de suma importancia para el bien de la Iglesia.

Vuestra Emcia. sabe que desde ahora me declaro y estoy dispuesto a someter mi juicio a la decisión de la Santa Sede.

También se ve, por nuestra modesta información, que el estudio y el uso de la lengua latina va decayendo continuamente por todas partes. Y por eso, en muchas regiones, crece continuamente el abuso de usar las lenguas romances, incluso en los cursos de Filosofía escolástica y Teología. Esto, como se insinúa, me parece muy grave para la Iglesia bajo el doble aspecto de la disciplina eclesiástica y de la pureza de la fe.

1

En primer lugar, para la disciplina eclesiástica.

La Iglesia Romana ya desde antiguo viene inculcando y promoviendo el uso de la lengua latina, su lengua propia, podríamos decir; y se debe en gran parte a la Iglesia el mantenimiento y el continuo reflorcer de esta lengua, que por mucho tiempo fue la lengua común de todos los científicos, ya

elegido General el 11 de febrero de 1915. Gobernó la Compañía 27 años con un dinamismo extraordinario, que se tradujo en una floración de múltiples obras y un aumento de veinte nuevas Provincias jesuíticas. Murió el 13 de diciembre de 1942.

El presente «Voto» sobre el empleo del latín fue pedido por el Card. Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades el 20 de agosto de 1940 y presentado por el Prepósito General de la Compañía el día 28 de agosto. La Sagrada Congregación califica de «magistral» la respuesta del Rvmo. P. Ledóchowski y la cree de sumo interés por condensarse en ella la experiencia larga y amplia de toda la Compañía. Por eso la ha hecho pública en el opúsculo «Il latino lingua viva della Chiesa» (Roma, 1957), y con fecha 3 de mayo de 1958 nos autoriza su traducción y publicación en HELMANTICA, por considerar de interés general las poderosas razones que en ella se aducen a favor del uso del latín en Seminarios y Universidades.

de la ciencia exacta, ya de la astronomía, con grandísimo provecho para toda la cultura humana.

Si en el pasado no abundan los documentos pontificios a este respecto, es justamente porque entonces parecía a todos algo tan evidente, que le bastaba a la Iglesia inculcarla con el uso continuo y con el ejemplo práctico.

Mas a principios del siglo XVIII, bajo el influjo de los enemigos de la Iglesia, y principalmente de la francmasonería, el uso, y por consiguiente, el estudio del latín se fue debilitando, y la Iglesia comenzó claramente a alzar su voz y a procurar que, al menos entre los clérigos, la cultura y la lengua latina permaneciesen a la altura de la gloriosa tradición del pasado.

Por consiguiente, todos los grandes Pontífices que el Señor ha dado a su Iglesia en estos tiempos difíciles, aun en medio de las gravísimas preocupaciones por las continuas perturbaciones que afligen y amenazan a la sociedad, han creído deber suyo el insistir sobre este punto con letras y documentos tan ponderados.

Así lo hicieron León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI de tan grata memoria.

Este último, en los primeros meses de su pontificado, en la importantísima carta apostólica *Officiorum omnium*, del 1 de agosto de 1922, trató magistralmente de la necesidad de la lengua latina y dió reglas oportunas.

Más recientemente aún, en las sabias «*Ordinationes*» del 12 de junio de 1931, con las que la Sagrada Congregación de los Seminarios y Universidades acompañaba la constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus*, el artículo 21, que contiene normas muy moderadas, prescribe con toda claridad el uso de la lengua latina para enseñar la Filosofía y la Teología.

Es, pues, muy lamentable ver que en los Seminarios donde se forma el clero, y donde se debiera dar ejemplo de puntual obediencia a la Santa Sede, documentos pontificios tan espléndidos y solemnes y prescripciones tan claras, en no pocos países o simplemente se ignoran, o (lo que es peor aún), son transgredidas abiertamente.

Lo cual —siendo ya una grave violación de la disciplina eclesiástica en un punto particular—, psicológicamente no deja de

tener un influjo más amplio y nocivo contra la sumisión debida a la Santa Sede en todas las demás disciplinas.

2

Aún es más grave, a mi parecer, *el peligro que tal descuido del latín implica a la pureza de la fe.*

Es evidente que las lenguas romances están en continua evolución, y en los últimos tiempos especialmente, en muchas lenguas vivas se han realizado muchos cambios, no sólo en el estilo, sino también en las palabras, dándoles un significado nuevo o alterando el que tenían, hasta cambiarlo a veces completamente.

En cambio, en la lengua latina (y en parte también en la griega), los términos que se han forjado a través de profundas discusiones a lo largo de los siglos, para expresar los elevados y sutiles conceptos filosóficos y teológicos, son términos técnicos con un significado bien delimitado y permanente, como con breve pero compendiosa frase, se dijo en la Carta de la Sda. Congregación de Estudios «*Vehementer sane*», del 1 de julio de 1908 (*Enchir. Cleric.*, n. 820).

Y si fue siempre cosa difícil el traducir con probada justeza a la lengua romance, con la presente evolución e inestabilidad de tales lenguas llega a ser más nocivo aún, exponiéndose al peligro de tergiversar y confundir el significado.

Y esto es de una gravedad palpable para la Teología; mas tampoco se ha de descuidar el peligro que esto implica para la Filosofía.

También ésta tiene su terminología técnica, elaborada en latín; y aunque en la Filosofía se traten frecuentemente asuntos que «per se» no son artículos de fe, es, sin embargo, de suma importancia para la Iglesia y para la ciencia en general (como los científicos, aun seculares, de varios países lo han reconocido), que este patrimonio científico adquirido con la laboriosa investigación de privilegiados genios a lo largo de los siglos, se conserve intacto y así se transmita a la posteridad.

Lo cual parece muy difícil si este patrimonio no se conserva junto con la lengua en que se ha formado.

Además de que esto atañe también a la fe, ya que según la mente de la Iglesia, la Filosofía es la «sierva» de la Teología. Esta toma de aquélla muchos de sus términos técnicos y los emplea, haciendo uso de su valor filosófico, para expresar la verdad revelada. Por lo cual, la justeza e inmutabilidad de los términos filosóficos son, a menudo, una garantía de la exactitud de las fórmulas teológicas.

Por consiguiente, es necesario exigir el uso del latín en Filosofía. Porque si no, cuanto más se use en Filosofía la lengua romance en vez del latín, tanto más se irá infiltrando también, poco a poco, el romance en la Teología.

Tal condescendencia parece muy nociva para la unidad de la Iglesia, en especial modernamente que tanto se exagera el nacionalismo por todo el mundo.

Varias veces se han notado aquí y allí movimientos más o menos solapados para formar una Iglesia Nacional. A nosotros nos parece sencillamente que en esta incandescente atmósfera de agitación nacionalista, el permitir por más tiempo el uso de la lengua romance en la Iglesia y en el clero, será una cooperación a esta peligrosa tendencia separatista.

3

Lo que algunos —«para impedir que continuas y repetidas derogaciones parciales, o tal vez totales, acaben por abolir» el uso del latín—, querrían proponer, que la Sagrada Congregación misma fuese en contra de esos lamentables abusos, concediendo una mitigación a las prescripciones vigentes, creo que, más bien, produciría el efecto contrario.

La concesión hecha en las «Normas» aprobadas por Benedicto XV y enviadas a todos los Ordinarios de Italia, donde se dice que los profesores en algunos casos pueden añadir alguna posterior explicación en lengua italiana «para ayudar a aquellos que no han entendido bien» la explicación en latín (*Enchir. Cleric.*, n. 1102), aunque puede por sí ser bien entendida, ya ha dado ocasión a graves abusos, que tal vez habrían exigido una interpretación auténtica de este documento.

Las «Ordinaciones» de 1931, como se ha hecho notar, contienen un «minimum» posible.

Por eso me parece que si ahora se quiere ampliar más o conceder nuevas derogaciones o atenuar tan solemnes prescripciones de la Iglesia, no se haría más que autorizar la clara desobediencia de los innumerables transgresores de la ley y confirmarlos en la persuasión de que la Iglesia está pronta a ceder ante la dificultad y ante la desobediencia de sus hijos. Ni se ceñirán a la concesión obtenida o tolerada, sino que se seguiría adelante, y el latín sería prácticamente suprimido de la enseñanza y poco a poco desaparecería. Pues no se puede seriamente esperar que, disminuyendo el uso, se pueda promover eficazmente el estudio.

Justamente en el *Motu Proprio* «*Latinarum litterarum*», del 20 de octubre de 1924, el Santo Padre Pío XI decía ser su voluntad «*ut linguam latinam uterque clerus haberet scientia et usu perceptam*» (*Enchir. Cleric.*, n. 1201).

Y porque una cosa está estrechamente unida con otra, si se disminuye el uso, disminuirá también el estudio del latín; y así en los seminarios menores vendrá a menos el estímulo eficaz de estudiar bien el latín, porque no se ve su necesidad —que antes estaba en primer lugar—, para entender bien la Filosofía y la Teología.

4

Creo, pues, sencillamente, que la prescripción del uso del latín en la enseñanza, reducida ya al «minimum», se debe mantener y exigir con firmeza, no sólo en las Facultades, sino en todos los Seminarios de todas las Naciones, sin excepción, ordenando que no se admita al curso de Filosofía a ningún joven que no sea capaz de entender bien el texto latino y las explicaciones del Profesor y, al menos después de algún tiempo, sepa exponer su pensamiento en latín, ya al dar la lección, ya en las disertaciones.

Finalmente los profesores que no quieran acomodarse a tal prescripción de la Santa Sede, sepan que se exponen a ser depuestos de su oficio.

Creo que sería oportuno, y un empleo útil del dinero, enviar a los diferentes Seminarios un Visitador, que sólo se ocupase de este asunto.

Esto, al principio, cierto que será muy dificultoso en algunas regiones. especialmente para los jóvenes que pasan a la Facultad de Teología directamente de la Escuela pública con insuficiente conocimiento y poquísimo manejo del latín; mas con buena voluntad por una parte, y, por otra, con la firmeza de los Superiores, las dificultades se irían superando muy pronto, como nosotros mismos lo hemos experimentado en varias partes.

Si las Naciones, en los tiempos pasados y también en los presentes, han logrado imponer a ciertas regiones una lengua completamente desconocida, ¡cuánto más fácilmente la Iglesia podrá mantener el uso de la lengua latina que desde antiguo es su propia lengua!

5

Otro considerable argumento es la afortunada expansión de la Iglesia.

Cuanto la Iglesia, gracias a Dios, va extendiendo más y más su pacífica y consoladora conquista en continentes, como el de Asia y Africa, que hasta ahora eran casi completamente paganos, tanto más crece la necesidad de conservar y promover el conocimiento y el uso de la lengua latina, que es la oficial en la que suele hablar el Vicario de Cristo cuando se dirige a toda la Iglesia, que es la lengua litúrgica de la mayor parte de la misma Iglesia, la única que puede y debe ser usada en las grandes concentraciones eclesiásticas, en particular en los Concilios Ecuménicos, etc.

Cualquiera puede ver qué poderoso vínculo de unión sea la lengua latina entre tantos pueblos con el Centro de la Iglesia y entre ellos mismos; con tal estudio, aquellos pueblos tendrán además la ventaja de ponerse en contacto con toda la cultura latina, vehículo potente de civilización cristiana.

También las Iglesias Orientales unidas experimentan esta necesidad; la Iglesia Rutena, por ejemplo, que es la única del

Oriente unido que tiene millones de fieles mientras que las otras no tienen en conjunto más que algunos centenares de miles, había adoptado en los Seminarios y las Ordenes Religiosas el estudio del latín para unirse más fácilmente con la Iglesia Romana; y sólo en estos últimos tiempos, tal vez bajo el influjo de nacionalismos exagerados, se ha vuelto atrás, ciertamente con desventajas para la unión católica. Los Padres Basilianos de Ucrania mantienen con constancia el latín. En cambio, en el Seminario de Santa Ana, de Jerusalén, y en el Seminario Siro de Sciarfé, se enseña principalmente en francés, aunque los libros de texto están en latín.

6

Finalmente, me parece que un motivo que no hay que descuidar para promover más y más el uso del latín antes de mitigarlo, se halla en el «*movimiento actual en pro del latín*», que se nota en el mundo científico.

Hace mucho tiempo, en efecto, que se palpa la necesidad de una lengua común para el intercambio de ideas que en los siglos pasados, gracias al latín, era más amplio que en los nuestros —la era de la radio y de la televisión—, y para la colaboración entre los sabios de varias Naciones, sobre todo en el campo de la ciencia.

Después de esperanzadoras y laboriosas tentativas se va difundiendo en el mundo de los sabios la persuasión de una única lengua, que pueda ser en verdad común, comprendida y usada por todos; que esté exenta y por encima de todo antagonismo y rivalidad nacional, (de lo que no se ven libres ni los desapañionados científicos): esta es justamente el latín.

Y al latín también se vuelve poco a poco, porque en el pasado fue precisamente la lengua de los doctos, y los libros antiguos de ciencia están todos en latín.

Los esfuerzos que cada año hace en este sentido el «Instituto de Studios Romanos», halla siempre el consentimiento y la simpatía de los científicos de todas las partes del mundo, también en la América del Norte.

Y se prevé que, a pesar de los esfuerzos de la vetusta Masonería, y de los nuevos y exagerados nacionalismos (cuya oposición al latín sería, por otra parte, más bien un argumento en su favor), el movimiento va desenvolviéndose y tal vez acabará por imponerse.

También mientras que los laicos y profanos se emplean activamente en la renovación del conocimiento y uso del latín en las materias puramente científicas que parecen ser las menos aptas para su expresión en latín, sería verdaderamente lamentable, que, precisamente por parte de la Santa Sede, se cediera o se mitigara el uso de esta lengua eminentemente eclesiástica, y esto, precisamente, en la enseñanza de aquella ciencia especulativa en la que hasta ahora el uso del latín parecía necesario, como el medio más apto de expresar sus conceptos.

Las dificultades que se aducen, si por una parte son verdaderas y reales, por otro lado son, en gran parte, más bien ficticias o al menos exageradas, pues que provienen de falsos principios.

Desde hace medio siglo, la facilidad de entender y expresarse en latín ha ido siempre disminuyendo, tanto que se ha perdido hasta el uso.

Con el ceder a estas dificultades, no se hace más que acrecentarlas, y el uso del latín llegará a ser una rara excepción de literatos especialistas y no se podrá usar ni cuando sea necesario. Y esto no es ciertamente ni decoroso ni útil a la Iglesia.

7

Por lo cual, me permito repetuosamente insistir en la necesidad de promover junto con el conocimiento y el estudio del latín, también el uso del mismo, persuadido de que con esto la Santa Sede promoverá el verdadero bienestar de la Iglesia y de la civilización.

Y para que las cacareadas dificultades disminuyan sensiblemente, será conveniente que en los Seminarios Menores se vuelva al antiguo y excelente método de enseñarlo, que hace

gustar la belleza de la lengua latina y facilita su uso oral y escrito; mientras que por el contrario los modernos sistemas filosóficos no ayudan ni a la amplia formación del entendimiento, ni al conocimiento de la lengua.

Si la Santa Sede con su máxima autoridad hace comprender a todos los Obispos del mundo que el bien de la Iglesia exige absolutamente el cuidado fiel y pleno cumplimiento de las normas y preceptos dados a este fin, aprobados por el Sumo Pontífice, y si la Sagrada Congregación aúna todos sus esfuerzos para conseguirlo —como algo de suma importancia para la formación no sólo científica sino también católica y romana del Clero— estoy persuadido de que en breve tiempo los abusos desaparecerán completamente y se lograrán frutos consoladores para el bien de la Iglesia.

Inclinado, beso la Sagrada Púrpura con el sentimiento de la más profunda veneración y me reitero de Vuestra Eminencia Reverendísima, devotísimo servidor

WŁODIMIRO LEDOCHOWSKI, S. I.

Preósito General.